

MEDINA y Zárate volvieron á sus asientos.—Este clavó en el capitán una mirada sostenida y profunda, semejante á la que el caballo, espoleado por el jinete, clava en el fondo tenebroso antes de salvar el abismo.

—Creo,—dijo cuando se hubo satisfecho de su exámen,—que si alguna circunstancia nos impide arreglarnos, podré confiar en vuestra caballerosidad, sin temor de que divulgueis lo que me veo precisado á deciros.

Medina respondió con un ademán que pudiera traducirse con estas palabras:

—Estamos convenidos;—y fijó á su vez una mirada penetrante en el rostro de Zárate.

—Pues bien,—añadió este;—tiempo ha, como lo veis, que las personas á quienes el rey confía la autoridad, se agitan en innobles rivalidades, que aunque secretas hasta el día, se harán públicas mañana con gran escándalo del

reino, y lo que es peor, con peligro de todos los que estamos entre un pueblo que aun tiene fuerza, y tendrá la habilidad de aprovecharse de estas discordias que nos debilitan. Esto es seguro. Viven aún formidables caudillos aztecas; existen todavía millones de indios resueltos, avizados á la lucha, y que llevan en su seno esa llama que hemos alimentado con los escombros de su patria y con los cadáveres de sus hermanos. Nos odian á muerte: humillados por cien derrotas, pero no vencidos, se agitan bajo nuestras plantas; y nosotros, puñado miserable de extranjeros colocados sobre ese mar sin fondo, necesitamos la pericia del piloto y la severa disciplina de la tripulación, para que el pobre esquife no se hunda en las olas con el depósito de la conquista; pero hay quienes despreciando las terribles consecuencias que traerá consigo la desunion, y no teniendo mas objeto que su rápido engrandecimiento personal, se oponen á las medidas salvadoras, pues ven en ellas un obstáculo á sus proyectos ambiciosos; y á trueque de verlos realizados, romperán los valladares de la ley, y el lazo débil todavía que sostiene nuestras cabezas.

Esos hombres están colocados en el poder por sus intrigas en la corte. Todo se pierde si no arrebatamos de sus manos el instrumento fatal de nuestra perdicion. Cortés, el único que puede contener las pasiones que se desbordan, está ausente, y lo estará tal vez por mucho tiempo. Quedan, no obstante, hombres que mas de una vez han dado pruebas de valor, de firmeza y de sabiduría, bastante desinteresados, y que poseen la confianza del rey, y son temibles á los salvajes del Anáhuac. Confiémonos en ellos, Medina, porque os repito que el peligro es de muerte.

—¿Y podreis decirme quiénes son los traidores?

—Sin duda: ¿pero no lo adivináis?

—No acierto.....

—Vais á saberlo.

Zárate metió la mano en el bolsillo y sacó un papel que entregó á Medina.

—Leed,—le dijo;—no temais hacerlo en voz alta, estamos solos.

Medina leyó con algun trabajo lo siguiente:

«Fray Roque,

«Venid al instante, porque aun pienso utilizar esa rara «habilidad política de que acabais de darme tan perentorias «pruebas. Ya va por esos mundos nuestro famoso capitán, «á ser comido de caribes, ó á perecer con todos sus guer- «reros en las infernales comarcas del vómito, de los zancu- «dos, de las cuartanas y de otras cositas que ha puesto allí «el diablo para librarnos de ese aventurero y de su gente.....

—¿Don Fernando?..... dijo el capitán.

—Sí, D. Fernando.

—¿Pero es posible que.....

—Seguid, seguid..... luego hablaremos.

Medina continuó:

«.....¡Ya escampa, Fray Roque! Permittedme que os «felicite y que os pida perdon por haber osado sospechar «un instante de vuestra merecida fama. Nunca pude figu- «rarme que lográis infundir el veneno de la ambicion en «el ánima de ese mentecato de Olid; pero héle ahí rebe- «lado contra su señor, y hé ahí al señor atravesando cosa «de quinientas leguas para..... Sois Satanás, amigo mio; «pero sois amable y vivaracho como el príncipe del Aver- «no, y mereceis sentaros en el trono de Carlos V. Haber «mandado á nuestro Aquiles á los límites, digamos así,

«del universo! Habernos sacado del vientre al culebrón «que nos tenia inmóviles é histéricos! Esto es sublime!.... «Sois el fraile mas encantador que conozco! La fuerza de «gigantes que era necesaria para aventar lejos de aquí á «esa chusma de veteranos cubiertos de hierro, solo podia «encontrarse detrás de esa frente..... Pero tiempo tendré «para deciros mas piropos. Lo que importa, padre, es que «vengais al instante. Salazar y el buen hombre de Peral- «minde han aparecido por acá, lanza en ristre y con la «visera calada, para disputarnos la dama. Venid, fraile mio, «venid volando, porque el negocio va que vuela. Y recibid «el entrañable amor de vuestro etc., etc., etc.—Alonso «Estrada.»

Medina se quedó pensativo.

—¿Sabeis ya quiénes son los traidores?—dijo Zárate.

—Sí, á fe..... comprendo la treta perfectamente. ¿Y qué pensais hacer?

—Pensamos..... pero no teneis derecho al secreto de nuestros planes. ¿Olvidais que espero vuestra resolucion?

—¡Ah!..... teneis razon. Os prometí guardaria el secreto, y cumpliré mi palabra..... ahora os digo que no puedo ser, ni tengo voluntad de ser uno de los vuestros.

—¿Dudais del éxito?

—No. Sé que donde estais vos ha estado siempre, si no la justicia de la causa, por lo menos la seguridad del triunfo.

—Ambas, caballero.....

—Sea; pero ya sabeis que todo lo tengo presente para marcharme á la América del Sur, en busca de la fortuna que en México me niega la suerte. Allí ganaré honra y ducados, pero sin mancharme con sangre de hermanos.....

—¡Voto va! estais soñando, señor Medina, ó como os

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO R. VEGA"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

llamais: ¿qué tiene que ver con todo esto la sangre de vuestros hermanos? habeis creído que se trata de lanzadas, señor bravo? y qué diablos hablais ahí de vuestra fortuna? creéis que el bolsillo de Salazar se negará á vaciar tesoros en el vuestro, si consentís en servirnos? Lucido quedaríais con ir á la América del Sur, de donde no sacaríais sino pedradas, cuando aquí os esperan marcos de oro, sin mas trabajo que el dejar que os ame una mujer.....

—¿Qué?..... qué decís?—replicó Medina con viveza;—sed mas explícito.

—¿Quereis?

—¡Por Cristo! si el asunto es tan fácil como decís, no mas estoy pendiente de las condiciones.

—¿Os humanizais?

—Mirad; no dudo que esa carta que acabamos de leer está escrita por Estrada, y que Cortés será la víctima de esos enredos. Aquí no hay traidores, ó en caso de haberlos, Estrada y vosotros sois todos traidores.....

—¡Capitan!

—Entendámonos: aquí no existen los peligros que me pintábais, hace rato, con tan negros colores. En el fondo de vuestro pensamiento os reís, como yo, del campanudo y frio discurso que habeis improvisado, sin acordaros de que somos conocidos viejos.....

—¿Tan campanudo como vuestra heroica respuesta, viejo amigo?

—Acaso mas.....

—Me lisonjeais..... Proseguid.

—¿Por qué cubrís con antifaz vuestros fines? Estoy cierto que la ausencia de Don Hernando no es menos agradable al tesorero Estrada que á vosotros.

—¡Malévolo!

—Claro; quereis excluir del gobierno del país á mis buenos amigos y señores Estrada, Zuazo y Albornoz. Sabéis que el tesorero no tiene mas apoyo que mi espada, y puesto que no podeis deshaceros del pobre capitan Medina, quereis sobornarle.....

—¿Y qué quereis que hagamos, hijo mio?

—¿Qué? saber el precio de Medina.

—*Sum cuique.* Pedid lo que gustéis.

—En primer lugar, dinero.

—Le tendreis.

—En segundo lugar.....

—Mas dinero? Le tendreis igualmente.

—No. A eso vamos; pero necesito adquirirle por mis manos.

—Pedid, os he dicho.

—Quiero ser encomendero.

—Arreglados.

—En tercer lugar.....

—¿A dónde vais, jóven?

—A mi provecho, como vosotros.

—Bien?.....

—En tercer lugar..... teneis agentes en la corte, no es cierto?

—Agentes?.....

—Vamos, no os hagais el tonto; nosotros los tenemos tambien, y conozco á fondo el negocio.

—¡Por vida mia! jóven. Sabéis tanto..... que pudiera seros peligroso.....

—Bah! tratais de intimidarme!.....

—Dios me libre!—Decíais?

—Vereis si yo regateo cuando me toque la ocasion: sed menos avaro, y haced que mientras catequizo á mis indios, me consigais por allá por la corte.....

—Os comprendo.

—Me alegro.

—Igualmente. Vamos á tener sendas penalidades para conseguiros el título; pero nada omitiremos, porque.....

—Porque no me entendeis, ó no quereis entenderme.

—No me precio de lince..... acaso me apresuré.....

—Quiero asociarme con Salazar y Chirinos.

—Qué escucho!..... pretendéis el gobierno.....

—Vaya! me creéis con poca garra para esquilmar al país, ó con menos valor que esos señores, para descuartizar al pobre diablo que se resista á mis decretos?

—Hablemos sériamente, Sr. Medina.

—Qué! vos hablais de chanza, Sr. Zárate?

—Quise decir que vuestro precio es tan exagerado.....

—Y no me hablais de mis servicios?

—Es cierto; pero serán tan insignificantes los que se os pidan..... que no merecen en verdad.

—Insignificantes? Y no teneis en cuenta mi silencio!.... con una palabra.....

—Cómo! Seriais capaz de publicar lo que he tenido la debilidad de confiaros?

—Bah! punto menos.

—Picarillo! y si yo denunciare á vuestro futuro suegro, que sois afecto á lo ajeno más de lo que conviene á un gefe de las milicias? Y si yo dijese en voz alta, para que me oyera Cortes, quién dió el veneno á Doña.....

—Callad, por Dios! Pueden oiros.....

—Creo que estamos arreglados.

—Estamos arreglados.

—Lo celebro, y voy á daros una prueba de mi contento. Tendreis dinero, tendreis la encomienda para que exprimais á los indios hasta que suden oro; y además, cueste lo que cueste, gestionaremos en la corte para vuestro nombramiento.

—Oh! no sabeis lo que os debo, Zárate. Mandad ahora que me arroje al infierno.

—Precisamente, amigo mio; pero no os echareis de golpe, no; podríais estrellaros antes de tiempo esa gentil cabeza que es tan importante.—Os ireis al infierno, pero con calma, paso á paso, y arrastrado suavemente con cadenas de flores.

—Al grano.

—Al grano. En primer lugar vais á enamorar á una dama.....

—Si admite.....

—La hareis admitir, ó perdereis vuestros emolumentos...

—Adelante,— dijo Medina con impaciencia.

—¿Y seriais capaz?.....No repararíais en pelillos.....

—Aunque fuera la Virgen.

—¿Aunque fuera la mujer de Estrada?

—¿Doña Luz!

—Sí.

—Lo creo difícil..... pero en fin.....

—En segundo lugar..... debió ser el primero..... rompereis con Estrada, le quitareis el apoyo de vuestras lanzas.

—Adelante.

—En tercer lugar..... debió ser el segundo..... os insultará Tapia, y vos que no consentís caricias en el lomo.....

Zárate completó la frase con uno de esos ademanos que,

segun cuentan, usaban los jueces jacobinos; y el capitán Medina contestó con otro que, tambien cuentan, usaban los verdugos para indicar que habian comprendido.

—Corrientes,—dijo Zárate;—pero es necesario daros ligeras instrucciones acerca de lo que debeis hacer con vuestro amor.

—Quiá!

—Picarillo..... no es eso..... se trata simplemente de que sea por dulzura, sea por otros medios que tú sabes, hagas te confie los secretos de su marido, y me elijas por confidente.

—Bien.

—Pues hijo mio, te deseo buena noche,—añadió Zárate presentando una mano al capitán Medina, que este estrechó con las dos suyas.—Mañana tendrás oro, pasado tendrás tu encomienda, y pasado escribo para Europa, con el objeto que sabemos.—En cuanto á Doña Luz, puedes comenzar cuando te parezca; pero que no pase de mañana. Ea! Capitan, feliz noche.

Medina bajó las escaleras diciendo para sí:

—Enamorarla, eso no importa, puesto que ya la tengo enamorada; pero romper con su marido cuando esa amistad era el pretexto para acercarme á Doña Luz..... cuerno!.... ya.... me colaré á la casa por la rendija de una puerta: además ya tengo andado casi la mitad del camino..... Y este Tapia.....el diablo me le pone delante, y puedo maniobrar ya impunemente.....Ah!..... y mi oro!..... y mi gobierno, es decir, mas oro!..... Ea! imbécil, ¿no me oyes? te alzaré de una oreja!

Estas últimas palabras eran dirigidas á Zapata que roncaba cerca de su puerta, y que al oír la voz del capitán, dió un salto prodigioso y dijo temblando:

—Señor! no he tenido la culpa..... cuando entrábais...

—No se trata de eso, animal! abre, y espérame mañana en Tlaltelolco, en la casa de Obregon, porque tengo que hablarte.—Adios!

—Zapata tomó su farolillo y acompañó á Medina hasta la puerta.

Poco despues la casa estaba hundida en el silencio.